

CONTRA LA SERENIDAD DE SÓCRATES

O la peligrosa virtud de estar satisfechos en tiempos de injusticia

Por: Fabio A. Marulanda V. ***

«El que no está contento con lo que tiene, no estaría contento con lo que le gustaría tener. — Sócrates»

Hermosa frase.

Breve.

Elegante.

Pulida por más de dos mil años de admiración.

Tallada en mármol.

Repetida por académicos, empresarios exitosos, conferencistas motivacionales y profesores de filosofía que regresan cada noche a una casa segura.

Pero algunas frases envejecen mal.

No porque sean falsas.

Sino porque el mundo cambia.

Porque la historia cambia.

Porque las heridas cambian.

Porque el sufrimiento adopta formas que los antiguos jamás imaginaron.

Y porque existen épocas en las que la serenidad deja de ser una virtud para convertirse en una forma sofisticada de indiferencia.

Resulta sencillo hablar de satisfacción cuando se tiene pan.

Es fácil predicar la moderación cuando no se ha conocido el hambre.

La tranquilidad interior es admirable.

Pero también puede convertirse en un privilegio.

Una filosofía que invita a conformarse con lo que se posee puede sonar profunda en la Atenas de los ciudadanos libres.

Sin embargo, adquiere otro significado cuando la escucha un migrante atravesando el desierto de Sonora (México).

Cuando la escucha una madre desplazada por la violencia.

Cuando la escucha un refugiado que carga sobre los hombros la ruina de su país.

Cuando la escucha un trabajador obligado a escoger entre pagar la renta o comprar medicamentos.

¿Qué significa apreciar lo que se tiene cuando lo que se tiene es miedo?

¿Qué significa agradecer la realidad cuando la realidad ha sido construida por la injusticia?

¿Qué significa sentirse satisfecho cuando la dignidad misma ha sido arrebatada?

Quizás Sócrates nunca imaginó un mundo donde unos pocos individuos poseen más riqueza que naciones enteras.

Nunca imaginó mercados financieros capaces de mover fortunas superiores al presupuesto de muchos Estados.

Nunca imaginó una industria global dedicada a fabricar ansiedad, frustración y deseo permanente.

Porque el capitalismo contemporáneo no vende productos.

Vende insatisfacción.

Necesita que nunca estemos completos.

Necesita que siempre sintamos que nos falta algo.

Necesita consumidores eternamente incompletos.

La economía moderna se alimenta precisamente de aquello que Sócrates condenaba.

Por eso su frase, aunque hermosa, parece provenir de una civilización que desconocía los mecanismos contemporáneos de la manipulación del deseo.

Sin embargo, el problema no es únicamente económico.

Es histórico.

Es político.

Es moral.

Porque la historia humana jamás fue construida por los satisfechos.

La historia fue construida por los inconformes.

Los esclavos que se negaron a seguir siendo esclavos.

Las mujeres que se negaron a seguir siendo invisibles.

Los pueblos colonizados que se negaron a seguir obedeciendo imperios.

Los trabajadores que se negaron a morir silenciosamente en las fábricas.

Los migrantes que se negaron a aceptar el destino que otros habían decidido para ellos.

Toda revolución comienza con una insatisfacción.

Toda transformación nace de una inconformidad.

Toda justicia surge de alguien que se atreve a decir:

«No acepto este mundo tal como es».

Karl Marx escribió que los filósofos habían interpretado el mundo de diversas maneras, pero que de lo que se trataba era de transformarlo.

Y para transformar algo es necesario estar insatisfecho con ello.

Albert Camus afirmaba que la rebelión constituye uno de los actos fundamentales de la dignidad humana.

El hombre rebelde no dice simplemente «no».

Dice también:

«Existe un límite que no puede ser cruzado».

Esa negativa es precisamente el comienzo de toda ética.

El comienzo de toda libertad.

El comienzo de toda historia.

Nietzsche, por su parte, desconfiaba profundamente de las filosofías que glorificaban la resignación.

Veía en ellas una forma elegante de domesticar la voluntad.

Una manera de convertir la impotencia en virtud.

Una estrategia para convencer a los derrotados de que aceptaran su derrota.

Y aunque Nietzsche jamás conoció América Latina, resulta imposible no recordar sus palabras cuando observamos sociedades donde la resignación ha sido presentada durante siglos como una virtud cívica.

Walter Benjamin escribió una frase devastadora:

«No existe documento de cultura que no sea al mismo tiempo documento de barbarie».

Quizás podría decirse algo similar de muchas filosofías de la serenidad.

No existe teoría de la satisfacción que no corra el riesgo de convertirse, en determinadas circunstancias, en una justificación del sufrimiento.

Porque cuando una sociedad está profundamente enferma, la adaptación puede ser una forma de complicidad.

No.

No siempre debemos estar satisfechos.

Hay momentos en que la inconformidad es un deber moral.

Hay épocas en las que aceptar la realidad equivale a colaborar con ella.

Hay circunstancias en las que la rebeldía constituye la forma más alta de lucidez.

El niño que exige educación.

La mujer que exige respeto.

El refugiado que exige protección.

El trabajador que exige justicia.

El ciudadano que exige verdad.

Todos ellos son, esencialmente, personas profundamente insatisfechas.

Y gracias a ellos el mundo continúa avanzando.

COLOMBIA: SESENTA AÑOS DE INCONFORMIDAD

En Colombia, la frase de Sócrates adquiere una resonancia distinta.

Durante más de seis décadas, generaciones enteras nacieron bajo el sonido de los fusiles. Aprendieron a distinguir el eco de una explosión antes que el canto de algunos pájaros.

Conocieron el desplazamiento antes que la estabilidad.

La incertidumbre antes que la paz.

La despedida antes que el regreso.

¿Cómo pedir satisfacción a quien fue expulsado de la tierra donde están enterrados sus abuelos?

¿Cómo hablar de serenidad a quien busca desde hace treinta años a un hijo desaparecido?

¿Cómo recomendar aceptación a quien fue obligado a abandonar todo cuanto amaba?

Gabriel García Márquez escribió que Colombia parecía un país condenado a cien años de soledad.

Pero la tragedia colombiana no fue la soledad.

Fue la repetición.

La repetición de la violencia.

La repetición del miedo.

La repetición de la impunidad.

La repetición de la muerte.

Generación tras generación.

Década tras década.

Masacre tras masacre.

Desde las montañas de Antioquia hasta los ríos del Chocó.

Desde los llanos orientales hasta las selvas del Caquetá.

Millones de colombianos fueron expulsados de sus hogares.

No porque no supieran valorar lo que tenían.

Sino precisamente porque sabían cuánto valía.

Porque amaban esa tierra.

Porque amaban esa casa.

Porque amaban esa vida.

Y alguien decidió arrebatárselas.

Eduardo Galeano escribió que la memoria está viva y no acepta el mandato del olvido.

Tenía razón.

La memoria colombiana sigue caminando por los caminos rurales.

Sigue habitando los cementerios clandestinos.

Sigue buscando nombres en los archivos.

Sigue preguntando por los desaparecidos.

Sigue exigiendo respuestas.

Porque existen heridas que no pueden ser curadas mediante consejos sobre satisfacción personal.

El conflicto colombiano demuestra que la resignación rara vez ha sido una virtud.

Si las víctimas hubieran aceptado silenciosamente su destino, jamás habrían existido movimientos de memoria histórica.

Si los desplazados hubieran aceptado la injusticia, jamás habrían reclamado restitución de tierras.

Si las madres hubieran aceptado el silencio, jamás habrían llenado plazas exigiendo verdad.

Toda conquista de la dignidad comenzó con una inconformidad.

Con alguien que se negó a aceptar que la barbarie fuera normal.

Existe una forma peligrosa de interpretar a Sócrates.

Aquella que transforma la aceptación en obediencia.

La serenidad en silencio.

La prudencia en sumisión.

Colombia conoce demasiado bien ese riesgo.

Durante décadas se pidió paciencia a los pobres.

Resignación a las víctimas.

Prudencia a quienes denunciaban.

Silencio a quienes preguntaban.
Mientras tanto, la sangre continuaba corriendo por los ríos.

Quizás el campesino desplazado.
La viuda de una masacre.
El líder social amenazado.
El indígena expulsado de su territorio.
O el migrante colombiano que cruza fronteras buscando refugio podrían responderle a Sócrates:
«No luchamos porque ignoremos el valor de lo que tuvimos.
Luchamos porque sabemos exactamente lo que nos arrebataron». Y esa conciencia constituye una de las formas más profundas de la dignidad.

MÁS ALLÁ DE SÓCRATES

No se trata de destruir a Sócrates.
Sería absurdo.
Su llamado al autoconocimiento sigue siendo una de las grandes conquistas de la humanidad.
Tiene razón cuando nos advierte sobre la codicia.
Tiene razón cuando sospecha de ciertos deseos.
Tiene razón cuando nos recuerda que ningún objeto llenará el vacío de quien desconoce quién es.
Pero el siglo XXI exige añadir algo que la Atenas clásica jamás conoció.
Que existen injusticias estructurales.
Que existen violencias históricas.
Que existen privilegios invisibles.
Que existen sistemas enteros contruidos para impedir que millones de personas puedan vivir con dignidad.
Y frente a esas realidades, la serenidad no basta.
La contemplación no basta.
La sabiduría individual no basta.
Hace falta memoria.
Hace falta justicia.

Hace falta rebeldía.
Hace falta coraje.

Quizás la frase correcta para nuestro tiempo no sea la de Sócrates.
Quizás sea otra.
Tal vez una que combine gratitud y resistencia.
Algo como esto:
«Debemos agradecer aquello que somos, sin dejar de luchar por aquello que todavía debemos llegar a ser».
Porque la vida humana no consiste en elegir entre conformarse o desear.
Consiste en habitar la tensión permanente entre la gratitud y la rebeldía.
Entre la memoria y la esperanza.
Entre aceptar lo que somos y transformar aquello que nos impide ser plenamente humanos.
Sócrates enseñó a preguntar.
La historia nos obliga a responder.
Y algunas respuestas exigen mucho más que serenidad.
Exigen memoria.
Exigen indignación.
Exigen dignidad.
Y exigen, sobre todo, la hermosa y peligrosa capacidad de no estar satisfechos con un mundo que todavía puede ser mejor...

- *** **Fabio A. Marulanda V.**
- ☆Historiador. Universidad Nacional de Colombia-UNAL.
- ☆Abogado. Universidad Autónoma Latinoamericana-UNAULA.
- ☆Traductor. Universidad de Antioquia-UDEA.
- ☆Maestrando. Derecho Penal Internacional y Transnacional. Universidad de La Rioja-UNIR, España.

